

III.

EL PURGATORIO DE SAN PATRICIO.

PERSONAS.

EGERIO, Rey de Irlanda.
PATRICIO.
LUDOVICO ENIO.
Un Ángel bueno.
Un Ángel malo.

FILIPPO.
LEOGARIO.
Un Capitán.
POLONIA, Dama.
LESBIA, Dama.
LLOCIA, villana.

Dos Canónigos reglares.
Dos villanos.
Un viejo de villano.
PAULIN, villano.
Un hombre embozado.

JORNADA I.

Sale el Rey EGERIO vestido de pieles, muy furioso, y LEOGARIO, POLONIA, LESBIA y el Capitán deteniéndole.

Rey. ¡Dejadme dar la muerte!

Leog. Señor, detente!

Capit. Escucha!

Lesb. Mira!

Polon. Advierte!

Rey. Dejad, que desde aquella punta vecina al sol, que de una estrella corona su tocado, a las saladas ondas despeñado baje, quien tantas penas se apercibe: muera rabiando, quien rabiando vive.

Lesb. ¿Al mar furioso vienes?

Polon. Durmiendo estabas; di, señor, qué tienes?

Rey. Todo el tormento eterno de las sedientas furias del infierno, Partos de aquella fiera de siete cuellos, que la cuarta esfera empaña con su aliento: En fin, todo su horror y su tormento en mi pecho se encierra, que yo mismo á mi mismo me hago guerra, cuando en brazos del sueño vivo cadáver soy, porque él es dueño de mi vida; de suerte, que vi un pálido amago de la muerte.

Polon. ¿Qué soñaste, que tanto te provoca?

Rey. Ay hijas, atended; que de la boca de un hermoso mancebo, (Aunque misero esclavo, no me atrevo á injuriale, y le alabo) Al fin, que de la boca de un esclavo una llama salía, que en dulces rayos mansamente ardía; Y á las dos os tocaba, hasta que en vivo fuego os abrasaba. Yo en medio de las dos, aunque queria su furia resistir, ni me ofendía, ni me tocaba el fuego. Con esto pues, desesperado y ciego, Despierto de un abismo, De un sueño, de un letargo, un parasismo. Tanto mis penas creo,

Que me parece que la llama veo, Y huyendo á cada paso, Ardeis vosotras; pero yo me abraso. Fantasma son ligeras Del sueño, que introduce esas quimeras Al alma y al sentido.

[Suena un clarín.

Mas qué clarín es este?

Capit. Que han venido

á nuestro puerto naves.

Polon. Dame licencia, gran señor, pues sabes,

que un clarín, cuando suena,

Es para mí la voz de la Sirena;

Porque á Marte inclinada,

Del militar estruendo arrebatada,

Su música me lleva

Los sentidos tras sí; porque le deba fama á mis hechos, cuando

Llegue en ondas de fuego navegando

Al sol mi nombre, y con veloces alas

Alli compita á la deidad de Pálas. —

Aunque mas parte debe á este cuidado [aparte.

El saber, si es Filipo el que ha llegado. [Vase.

Leog. Sal, señor, á la orilla

Del mar, que la cabeza crespas humilla

Al monte, que le da, para mas pena,

En prision de cristal cárcel de arena.

Capit. Diviértate tu cuidado

Ese monstruo nevado,

que en sus ondas dilata

Á espejos de zafir marcos de plata.

Rey. Nada podrá alegrarme,

Tanto pudo el dolor enagenarme

De mí, que ya sospecho,

que es Etna el corazón, Volcan el pecho.

Lesb. ¿Pues hay cosa á la vista mas suave,

que ver quebrando vidrios una nave,

Siendo en su azul esfera,

Del viento pez, y de las ondas ave,

Cuando corre veloz, sulca ligera,

Y de dos elementos amparada,

Vuela en las ondas, y en los vientos nada?

Aunque ahora no fuera

Su vista á nuestros ojos lisonjera;

Porque el mar alterado,

En piélagos de montes levantado,

Riza la altiva frente,

Y sañudo Neptuno,

Parece que importuno

Turbó la faz, y sacudió el tridente, Tormenta el marinero se presume; Que se atreven al cielo Montes de sal, pirámides de hielo, Torres de nieve, alcázares de espuma.

Sale POLONIA.

Polon. Gran desdicha!

Rey. ¿Polonia,

qué es eso?

Polon. Esa inconstante Babilonia,

que al cielo se levanta,

Tanta es su furia, y su violencia tanta,

Con un furor sediento,

(¿Quién ha visto con sed tanto elemento?)

En sus entrañas bárbaras esconde

Diversas gentes, donde

Á consagrar se atreve

Sepulcros de coral, tumbas de nieve

En bóvedas de plata;

Porque el Dios de los vientos los desata

De la prision que asisten,

Y ellos sin ley y sin aviso embisten

Á ese bajel, cuyo clarín sonaba,

Cisne, que sus exequias se cantaba.

Yo desde aquella cumbre,

Que al sol se atreve á profanar la lumbre,

Contenta le advertía,

Por ver, que era Filipo el que venia:

Filipo, que en los vientos lisonjeras

Tus armas tremolaban sus banderas,

Cuando su estrago admiro,

Y cada voz envuelta en un suspiro,

Desvaneci primero sus despojos,

Efectos de mis labios y mis ojos;

Porque dieron veloces

Mas agua y viento en lágrimas y voces.

Rey. Pues, Dioses inmortales,

¿Cómo probais con amenazas tales

Tanto mi sufrimiento?

¿Quereis que suba á derribar violento

Ese alcázar azul, siendo segundo

Nembrot, en cuyos hombros

Pueda escaparse el mundo,

Sin que me cause asombros

El ver rasgar los senos

Con rayos, con relámpagos y truenos?

Dentro PATRICIO.

Patr. Ay de mí!

Leog. Triste voz.

Rey. ¿Qué es eso?

Capit. Á nado

Un hombre se ha escapado

De la cruel tormenta.

Lesb. Y con sus brazos dar la vida intenta

Á otro infelice, cuando

Estaba con la muerte agonizando.

Polon. Misero peregrino,

Á quien el hado trajo, y el destino

Á tan remota parte,

Norte vocal mi voz podrá guiarte,

Si me escuchas; pues solo

Por animarte hablo.

Llegad.

Salen mojados PATRICIO y LUDOVICO, abrazados los dos, y en saliendo cae cada uno á su parte.

Patr. Válgame Dios!

Lud. Válgame el diablo!

Lesb. Á piedad han movido.

Rey. Si no es á mí, que nunca la he tenido.

Patr. Señores, si desdichas

Suelen mover los corazones dichas Sucedidas, no espero, que pueda hallarse corazón tan fiero, Á quien no ablande un misero y rendido; Piedad por Dios á vuestras plantas pido.

Lud. Yo no; que no la quiero,

Ni de los hombres, ni de Dios la espero.

Rey. Decid, quien sois; sabremos

La piedad y hospedage, que os debemos.

Y porque no ignoreis quien soy, primero

Mi nombre he de decir; porque no quiero,

que me habéis indiscretos,

Ignorando quien soy, sin los respetos

Á que mi vida os mueve,

Y sin la adoracion, que se me debe.

Yo soy el rey Egerio,

Digno señor deste pequeño imperio;

Pequeño, porque es mio;

que hasta serlo del mundo, desconfio

De mi valor. El traje

Mas, que de Rey, de bárbaro salvage

Traigo; porque quisiera

Fiera así parecer, pues que soy fiera.

Á Dios ninguno adoro,

que aun sus nombres ignoro,

Ni aqui los adoramos, ni tenemos;

que el morir y el nacer solo creemos.

Ya que sabeis quien soy, y que fue mucha

Mi magestad, decid quien sois.

Patr. Escucha:

Mi propio nombre es Patricio,

Mi patria Irlanda ó Hibernia,

Mi pueblo es Tox, por humilde

Y pobre, sabido apenas:

Este entre el septentrion

Y el occidente se asienta

En un monte, á quien el mar

Ata con prision estrecha:

En la isla, que llamaron

Para su alabanza eterna,

Gran señor, isla de Santos,

Tantos fueron los que en ella

Dieron la vida al martirio

En religiosa defensa

De la fe, que esta en los fieles

Es la última fineza.

De un caballero irlandes

Y de una dama francesa,

Su casta esposa, naci,

Á quien debí en mi primera

Edad (fuera deste ser)

Otro de mayor nobleza,

que fue la luz de la fe

Y religion verdadera

De Cristo, por el carácter

Del santo bautismo, puerta

Del cielo, como primero

Sacramento de su iglesia.

Mis piadosos padres, luego

que pagaron esta deuda

Comun, que el hombre casado

Debió á la naturaleza,

Se retiraron á dos

Conventos, donde en pureza

De castidad conservaron

Su vida hasta la postrera

Línea fatal, que rindieron

Con mil católicas muestras

El espíritu á los cielos

Y el cadáver á la tierra.

Huérfano entonces quedé,

Debajo de la tutela

De una divina matrona,

En cuyo poder apenas

Cumplí un lustro, ó cinco edades
Del sol, que en doradas vueltas
Cinco veces ilustró
Doce signos y una esfera,
Cuando mostró Dios en mí
Su divina omnipotencia;
Que de flacos instrumentos
Usa Dios, porque se vea
Mas su magestad, y á él solo
Se atribuyan sus grandezas.
Fue pues, (y saben los cielos,
Que no es humana soberbia,
Sino zelo religioso
De que sus obras se sepan,
El contarlas yo) que un día
Un ciego llegó á mis puertas,
Llamado Germas, y dijo:
Dios me envia aquí, y ordena,
Que en su nombre me des vista
Yo, rendido á su obediencia,
La señal de la Cruz hice
En sus ojos, y con ella
Pasaron restituidos
Á la luz de las tinieblas.
Otra vez pues, que los cielos
Rebozados entre densas
Nubes, con rayos de nieve
Hicieron al mundo guerra,
Cayó tanta sobre un monte,
Que desatada y deshecha
Á los rigores del sol,
Inundaba de manera
Las calles, que ya las casas
Sobre las ondas violentas
Eran naves de ladrillo,
Eran bajeles de piedra;
(¿Quién vió fluctuar por montes?
¿Quién vió navegar por selvas?)
La señal de la Cruz hice
En las aguas, y suspensa
La lengua, en nombre de Dios,
Les mandé que se volvieran
Á su centro, y recogidas
Dejaron la arena seca.
¡O gran Dios, quién no te alaba!
¡Quién no te adora y confiesa!
Prodigios puedo deciros
Mayores; mas la modestia
Ata la lengua, enmudece
La voz, y los labios sella.
Crecí en fin, mas inclinado,
Que á las armas, á las ciencias,
Y sobre todas me dí
Al estudio de las letras
Divinas, y á la leccion
De los Santos, cuya escuela
Zelo, piedad, religion,
Fe y caridad nos enseña.
En este estudio ocupado,
Salí un día á la ribera
Del mar con otros amigos
Estudiantes, cuando á ella
Llegó un bajel, y arrojando
De sus entrañas á tierra
Hombres armados, Cosarios,
Que aquestos mares infestan,
Nos cautivaron á todos;
Y por no perder la presa,
Se hicieron al mar, y dieron
Al libre viento las velas.
General deste bajel
Filipo de Roqui era,
En cuyo pecho se hallara,
Á perderse, la soberbia.

Este pues ha algunos dias
Que mar y tierra molesta
De toda Irlanda, robando
Las vidas y las haciendas:
Solo á mí me reservó;
Porque me dijo, que, en muestra
De rendimiento, me había
De traer á tu presencia
Para esclavo tuyo. ¡O cuanto
Ignorante el hombre yerra,
Que sin consultar á Dios,
Intentos suyos asienta!
Dígalo en el mar Filipo;
Pues hoy, á vista de tierra,
Estando sereno el cielo,
Manso el aire, el agua quieta,
Vió en un punto, en un instante
Sus presunciones deshechas;
Pues en sus cóncavos senos
Brama el viento, el mar se queja,
Montes sobre montes fueron
Las ondas, cuya eminencia
Moja el sol, porque pretende
Apagar las luces bellas.
El fanal junto á los cielos
Pareció errado cometa,
Ó exhalacion abortada,
Ó desencajada estrella.
Otra vez en lo profundo
Del mar tocó las arenas,
Donde, desatado en partes,
Fueron las ondas funestas
Monumentos de alabastro
Entre corales y perlas.
Yo (á quien el cielo, no sé
Para qué efecto, conserva,
Siendo tan inútil) pude
Con mas aliento y mas fuerza
No solo darme la vida
Á mí, pero aun en defensa
Deste valeroso jóven
Aventurarla y perderla:
Porque no sé qué secreto
Tras él me arrebató y lleva,
Que pienso que ha de pagarme
Con grande logro esta deuda.
En fin, por piedad del cielo,
Salimos los dos á tierra,
Donde espera mi desdicha,
Ó donde mi dicha espera,
Pues somos vuestros esclavos,
Que nuestro dolor os mueva,
Que nuestro llanto os ablande,
Nuestro mal os enternezca,
Nuestra afliccion os provoque,
Y os obliguen nuestras penas.

Rey. Calla, misero Cristiano;
Que el alma, á tu voz atenta,
No sé qué afecto la rige,
No sé qué poder la fuerza
Á temerte y adorarte,
Imaginando que seas
Tú el esclavo, que en un sueño
Ví respirando centellas,
Ví escupiendo vivo fuego,
De cuya llama violenta
Eran mariposas mudas
Mis hijas Polonia y Lesbia.

Patr. La llama, que de mi boca
Salía, es la verdadera
Doctrina del Evangelio;
Esta es mi palabra, y esta
He de predicarte á tí
Y á tus gentes, y por ella

Cristianas vendrán á ser
Tus dos hijas.

Rey. Calla, cierra
Los labios, Cristiano vil,
Que me injurias y me afrentas.

Lesb. Detente.

Polon. ¿Pues tú piadosa
Te pones en su defensa?

Lesb. Si.

Polon. Déjale dar la muerte.

Lesb. No es justo, que á manos muera
De un Rey. — No es sino piedad, [*aparte.*]
Que tengo á Cristianos, esta.

Polon. Si este segundo Josef,
Como Josef, interpreta
Sueños al Rey, de su efecto
Ni dudes, señor, ni temas;
Porque si el quemarme yo,
Es imaginar, que pueda
Ser Cristiana, es imposible
Tan grande, como que vuelva
Yo misma segunda vez
Á vivir despues de muerta;
Y porque á tan justo enojo
El sentimiento diviertas,
Oigamos quien es esotro
Pasagero.

Lud. Escucha atenta,
Hermosísima deidad,
Porque así mi historia empieza:
Gran Egerio, Rey de Irlanda,
Yo soy Ludovico Enio,
Cristiano tambien; que solo
En esto nos parecemos
Patricio y yo, aunque tambien
Desconvenimos en esto;
Pues, aunque somos Cristianos
Los dos, somos tan opuestos,
Que distamos cuanto va
Desde ser malo á ser bueno.
Pero con todo, en defensa
De la fe, que adoro y creo,
Perderé una y mil veces
(Tanto la estimo y la precio)
La vida; sí, voto á Dios;
Que pues le juro, le creo.
No te contaré piedades,
Ni maravillas del cielo
Obradas por mí; delitos,
Hurtos, muertes, sacrilegios,
Traiciones, alevosías
Te contaré; porque pienso,
Que aun es vanidad en mí,
Gloriarme de haberlas hecho.
En una de muchas islas
De Irlanda nací, y sospecho,
Que todos siete planetas,
Turbados y descompuestos
Asistieron desiguales
Á mi infeliz nacimiento.
La Luna me dió inconstancia
En la condicion, ingenio
Mercurio mal empleado,
(Mejor fuera no tenerlo)
Vénus lasciva me dió
Apetitos lisonjeros,
Y Marte ánimo cruel;
(¿Qué no darán Marte y Vénus?)
El Sol me dió condicion
Muy generosa, y por serlo,
Si no tengo que gastar,
Hurto y robo cuanto puedo;
Júpiter me dió soberbia
De bizarros pensamientos,

Saturno cólera y rabia,
Valor y ánimo resuelto
Á traiciones; y á estas causas
Se han seguido los efectos.
Mi padre, por ciertas cosas,
Que callo por su respeto,
De Irlanda fue desterrado;
Llegó á Perpiñan, un pueblo
De España, conmigo entonces
De diez años, poco menos,
Y á los diez y seis murió;
¡Téngale Dios en el cielo!
Huérfano quedé, en poder
De mis gustos y deseos,
Por cuyo campo corrí
Sin rienda alguna, ni freno.
Los dos polos de mi vida
Eran mugeres y juego,
En quien todo se fundaba:
Mira sobre qué cimientos.
No te podrá referir
Mi lengua aquí por extenso
Mis sucesos; pero haré
Una breve copia dellos.
Por forzar á una doncella,
Dí la muerte á un noble viejo,
Su padre; y por su muger,
Á un honrado caballero
En su cama maté, donde
Con ella estaba durmiendo;
Y entre su sangre bañado
Su honor, teatro funesto
Fue el lecho, mezclando entonces
Homicidio y adulterio;
Y al fin el padre y marido
Por su honor las vidas dieron;
Que hay martires del honor:
¡Téngalos Dios en el cielo!
Huyendo deste castigo,
Pasé á Francia, donde pienso
Que no olvidó la memoria
De mis hazañas el tiempo.
Porque, asistiendo á las guerras,
Que entonces se dispusieron
Entre Francia y Inglaterra,
Yo debajo del gobierno
De Estéfano, Rey frances,
Milité, y en un encuentro,
Que se ofreció, me mostré
Tanto, que me dió por premio
De mi valor el Rey mismo
Una bandera. No quiero
Decirte, si le pagué
Aquesta deuda bien presto.
Volví á Perpiñan honrado,
Y entrando á jugar á un cuerpo
De guardia, sobre nonada
Dí un bofeton á un sargento,
Maté á un capitán, herí
Á unos tres ó cuatro dellos.
Á las voces acudió
Toda la justicia luego,
Y sobre tomar iglesia,
Ya en la resistencia puesto,
Á un corchete dí la muerte;
Algo habia de hacer bien hecho
Entre tantas cosas malas:
¡Téngale Dios en el cielo!
Toméla en fin en un campo,
En un sagrado convento
De religiosas, que estaba
Fundado en aquel desierto.
Allí estuve retirado
Y regalado en extremo,

Por ser allí religiosa
Una dama, cuyo deudo
La puso en obligacion
Deste cuidado. Mi pecho,
Como basilisco ya,
Trocó la miel en veneno;
Y pasando despeñado
Desde el agrado al deseo,
Monstruo, que de lo imposible
Se alimenta, vivo fuego,
Que en la resistencia crece,
Llama, que la aviva el viento,
Disimulado enemigo,
Que mata á su propio dueño,
Y en fin, deseo en un hombre,
Que, sin Dios y sin respeto,
Lo abominable y lo horrible
Estima solo por serlo;
Me atreví..... Turbada aquí,
Si desto, señor, me acuerdo,
Muda fallece la voz,
Triste desmaya el acento,
El corazon á pedazos
Se quiere salir del pecho,
Y, como entre obscuras sombras,
Se erizan barba y cabellos,
Y yo confuso y dudoso,
Triste y absorto, no tengo
Animo para decirlo,
Si le tuve para hacerlo.
Tal es mi delito en fin
De detestable, de feo,
De sacrilego y profano,
(Harto así te le encarezco)
Que de haberle cometido
Alguna vez me arrepiento.
En fin me atreví una noche,
Cuando el nocturno silencio
Construía á los mortales
Breves sepulcros del sueño,
Cuando los cielos tenían
Corrido el obscuro velo,
Luto, que ya por la muerte
Del sol entapiza el viento,
Y en sus exequias las aves
Nocturnas, en vez de versos,
Cantan caistros, y en ondas
De zafir, con los reflejos
Las estrellas daban luces
Trémulas al firmamento:
En fin esta noche entré
Por las paredes de un huerto,
De dos amigos valido,
(Que para tales sucesos
No falta quien acompañe)
Y entre el espanto y el miedo,
Pisando en sombras mi muerte,
Llegué á la celda, (aquí tiemblo
De acordarme) donde estaba
Mi parienta, que no quiero,
Por su respeto, nombrarla,
Ya que no por mi respeto.
Desmayada á tanto horror,
Cayó rendida en el suelo,
De donde pasó á mis brazos;
Y antes que vuelta en su acuerdo
Se viese, ya estaba fuera
Del sagrado en un desierto,
Adonde, si el cielo pudo
Valerla, no quiso el cielo.
Las mugeres, persuadidas
Á que son de amor efectos
Las locuras, fácilmente
Perdonan: y así, siguiendo

Al llanto el agrado, halló
Á sus desdichas consuelo;
Aunque ellas eran tan grandes,
Que miraba en un sugeto
Escalamiento, violencia,
Incesto, estupro, adulterio
Al mismo Dios, como esposo,
Y al fin, al fin sacrilegio.
Desde allí en efecto en dos
Caballos, hijos del viento,
Á la vuelta de Valencia
Fuimos, adonde, fingiendo
Que era mi muger, vivimos
Con poca paz mucho tiempo;
Porque yo, hallándome ya
Gastado el poco dinero
Que tenia, sin amigos,
Ni esperanza de remedio,
De aquestas necesidades
Para la hermosura apelo
De mi fingida muger;
(Si hubiera de cuanto he hecho
De tener vergüenza alguna,
Solo la tuviera desto;
Porque es la última bajeza,
Á que llega el mas vil pecho,
Poner en venta el honor,
Y poner el gusto en precio.)
Apenas desvergonzado
Á ella la doy parte desto,
Cuando cuerda me asegura,
Sin extrañar el intento;
Pero apenas á su rostro,
Señor, las espaldas vuelvo,
Cuando huyendo de mí, toma
Sagrado en un monasterio.
Allí, por orden de un santo
Religioso, tuvo puerto
De la tormenta del mundo,
Y allí murió, dando ejemplo
Su culpa y su penitencia:
¡Téngala Dios en el cielo!
Yo, viendo que á mis delitos
Ya les viene el mundo estrecho,
Y que me faltaba tierra,
Que me sufriese, resuelvo
El dar la vuelta á mi patria;
Porque en ella, por lo menos,
Estaría mas seguro,
Como mi amparo y mi centro
De mis enemigos. Tomo
El camino, y en fin llego
Á Irlanda, que como madre
Me recibió. Pero luego
Fue madrastra para mí;
Pues al abrigo de un puerto
Llegué, buscando viage,
Donde estaban encubiertos
En una cala corsarios,
Y Filipo, que era dellos
General, me cautivó,
Despues, señor, de haber hecho
Tan peligrosa defensa,
Que aficionado á mi esfuerzo
Filipo, me aseguró
La vida. Lo que tras esto
Sucedió, ya tú lo sabes,
Que fue que enojado el viento
Nos amenazó cruel,
Y nos castigó soberbio,
Haciendo en montes y mares
Tal estrago, y tal esfuerzo,
Que estos hicieron donaire
De la soberbia de aquellos.

De trabucos de cristal
Combatidos sus cimientos,
Caducaron las ciudades
Vecinas, y por desprecio
Tiraba el mar á la tierra,
Que es municion de sus senos,
En sus nácares las perlas,
Que engendra el veloz aliento
De la aurora en su rocío,
Lágrimas de fuego y hielo;
Y al fin, para que en pinturas
No se vaya todo el tiempo,
Se fueron todas sus gentes
Á cenar á los infiernos.
Yo, que era su convidado,
Tambien me fuera tras ellos,
Si Patricio (á quien, no sé
Por qué causa, reverencio,
Mirando su rostro siempre
Con temor y con respeto)
No me sacara del mar,
Cuando, ya rendido el pecho,
Iba bebiendo la muerte,
Agonizando en veneno.
Esta es mi historia, y ahora
Ni vida, ni piedad quiero,
Ni que mis penas te ablanden,
Ni que te obliguen mis ruegos,
Sino que me des la muerte,
Para que acabe con esto
Vida de un hombre tan malo,
Que apenas podrá ser bueno.
Ludovico, aunque hayas sido
Cristiano, á quien aborrezco
Con tantas veras, estimo
Tanto tu valor, que quiero,
Que en tí y Patricio se vea
Mi poder á un mismo tiempo:
Pues como levanto, humillo,
Y como castigo, premio.
Y así á tí te doy los brazos,
Para levantarte en ellos
Á mi privanza, y á tí
Te arrojo á mis plantas puesto,
[Arroja en el suelo á Patricio, y le pone encima el pie.
Significando los dos
Las balanzas deste peso.
Y porque veas, Patricio,
Cuanto estimo y cuanto precio
Tus amenazas, la vida
Te dejo; vomita el fuego
De la palabra de Dios,
Para que veas en esto,
Que ni adoro su deidad,
Ni sus maravillas temo.
Vive pues; pero de suerte
Pobre, abatido y sugeto,
Que has de servir en el campo
Como inútil; y así quiero
Que me guardes los ganados,
Que por esos valles tengo.
Veamos, si para que saigas
Á derramar ese fuego,
Siendo mi esclavo, te saca
Tu Dios de este cautiverio.
[Vase.
[Vase. Fil. Á piedad Patricio mueve.
Polon. Sino á mí, que no la tengo,
Y á moverme alguno, antes
Fuera Ludovico Enio.
[Vase.
Patr. Ludovico, cuando humilde
En tierra estoy, y te veo
En la cumbre levantado,
Mayor lástima te tengo,
Que envidia. Cristiano eres;

Aprovéchate de serlo.
Lud. Déjame gozar, Patricio,
De los aplausos primeros,
Que me ofrece la fortuna.
Patr. Una palabra (si puedo
Esto contigo) te pido.
Lud.Cuál es?
Patr. Que vivos ó muertos
En este mundo otra vez
Los dos habemos de vernos.
Lud. Tal palabra pides?
Patr. Sí.
Lud. Yo la doy.
Patr. Y yo la acepto. [Vase.
Sale FILIPO y LLOCÍA villana.
Lloc. Perdonad, si no he sabido
Serviros y regalaros.
Fil. Mas tengo que perdonaros
De lo que os ha parecido;
Pues cuando os llevo á mirar,
Entre un pesar y un placer,
Os tengo que agradecer,
Y os tengo que perdonar:
Que agradecer la acogida,
Que perdonar un mal fuerte;
Pues me habeis dado la muerte,
Y me habeis dado la vida.
Lloc. Á tan discretas razones
Ruda y ignorante soy:
Y así los brazos os doy,
Por quitarme de cuestiones;
Ellos sabrán responder,
Callando, por mi deseo.
Sale PAULIN, y véelos abrazados.
Paul. ¡Ay señores, lo que veo! [aparte.
Que abrazan á mi muger.
¿Qué me toca hacer aquí?
Matarlos? Si; yo lo hiciera,
Si una cosa no temiera,
Y es, que ella me mate á mí.
Fil. Bella serrana, quisiera,
Para pagar la posada,
Que esta sortija extremada
Estrella del cielo fuera.
Lloc. No me tengais por muger,
Que atenta al provecho vivo;
Mas por vuestra la recibo.
Paul. ¿Y aquí qué me toca hacer? [aparte.
Pero si marido soy,
Y sortija miro dar,
Lo que me toca es callar.
Lloc. Otra vez el alma os doy
En los brazos; que no tengo
Otra joya, ni cadena.
Fil. Y la prision es tan buena,
Que la memoria entretengo
Con vos de tantos pesares,
Como en sucesos tan tristes
Me causaron, ya los vistes,
Esos cristalinos mares.
Paul. ¡Ay, que otra vez la abrazó! [aparte.
¿Ha señor, no echa de ver,
Que es aquesa mi muger?
Vuestro marido nos vió,
Quiero retirarme dél;
Luego vendré. — [aparte] Si esto vieras,
Polonia, quizá sintieras,
Que mi desdicha cruel
Me trajese á tal estado.
¿O mar, al cielo atrevido,
En qué entrañas han cabido
Las vidas, que has sepultado? [Vase.

Paul. Ya se fue; bien puedo habrar [aparte.
Alto. — Esta vez, mi Llocía,
Cogite, por vida mía,
Y esta tranca me ha de dar
Venganza.

Lloc. Qué malicioso!
¡O fuego de Dios en tí!

Paul. ¿Si yo los abrazos ví,
Es malicia, ó es forzoso
Lance, que no pudo ser
Malicia?

Lloc. Malicia ha sido;
Que no ha de ver un marido
Todo aquello, que ha de ver,
Sino la mitad, no mas.

Paul. Yo digo, que so contento,
Y la condicion consiento;
Y pues dos abrazos das
A ese diablo de soldado,
Que el mar acá nos echó,
No quiero haber visto yo
Mas del uno; y si he pensado,
Darte cien palos por dos
Abrazos, hecha la cuenta,
Al uno caben cincuenta.
Y así juro á non de Dios,
Que pues la sentencia das,
Y la cuenta está tan crara,
Que has de llevarlos, repara
Cincuenta palos, no mas.

Lloc. Ya es mucha marideria
Esa, y aunque mas lo sea,
Basta que un marido vea
La cuarta parte.

Paul. Llocía,
Yo aceto la apelacion;
Paciencia, y aparejarte,
Que tambien la cuarta parte
Veinte y cinco palos son.

Lloc. No ha de hacer eso el que quiere.

Paul. Pues dime, qué?

Lloc. Entre los dos
No creer lo que veis vos,
Sino lo que yo os dijere.

Paul. Para eso mejor es,
Llocía de Bercebú,
Que tomes la tranca tú,
Y que con ella me des.
Estarás contenta? Si;
Dando en amorosos lazos
Al otro los dos abrazos,
Y los cien palos á mí.

Sale FILIPO.

Fil. ¿Si se habrá el villano ido? [aparte.

Paul. Á buen tiempo habeis llegado;
Oídme, señor soldado:
Yo estó muy agradecido
Al gusto, que me habeis hecho
Hoy en quereros valer

De mi choza y mi muger;
Y aunque estó muy satisfecho
Por tantas causas de vos,
Ya que os hallais bueno y sano,
Tomad el camino á mano,
Y la bendicion de Dios;
Porque no quiero esperar,
Que, haciendo en mi casa guerra,
Salga á ser carne en la tierra
Quien fue pescado en el mar.

Fil. Malicia es, que habeis tenido
Sin culpa y sin ocasion.

Paul. Con razon ó sin razon,
¿Ó soy ó no soy marido?

Salen LEOGARIO, un viejo villano y PATRICIO
de esclavo.

Leog. Esto se os manda, y que esté
Sirviendo con gran cuidado,
Siempre en el campo ocupado.

Viej. Ya digo, que así lo haré.

Leog. ¿Mas qué es lo que miro allí?
Filipo sin duda es.

Paul. Gran señor, dame tus pies.

Lloc. ¿Gran señor le llamó? Sí;

Ahora me pagarás

Aquí, Paulin, los porrazos.

Fil. Leogario, dame los brazos.

Leog. Honor en ellos me das.

¿Es posible que te veo

Con vida?

Fil. Aquí me arrojé

El mar proceloso, y yo,

Siendo mísero trofeo

De la fortuna, he vivido

De villanos hospedado,

Hasta haberme reparado

De las penas, que he sufrido.

Y fuera desto, tambien

El temer la condicion

Del Rey; ¿porque su ambicion

Á quién se rinde, ó á quién

Con agrados escuchó

Tragedias de la fortuna?

Sin esperanza ninguna

He vivido, hasta que yo

Hallase, quien sus enojos

Templase en mi triste ausencia,

Y el Rey me diese licencia

Para llegar á sus ojos.

Leog. Ya la tienes conseguida;

Porque de tu muerte está

Tan triste, que te dará,

En albricias de la vida,

La gracia. Vente conmigo;

Que ya sucesos advierte

De la fortuna, y volverte

Á su privanza me obligo.

Paul. De mi pasado magin

Pedir perdon me anticipo:

Ya sabrá el señor Filipo,

Que yo soy un Juan Paulin;

Perdóneme su mesté,

Si mi cólera le affige;

Que yo en todo cuanto dije

Por boca de ganso habré.

Á servirle me acomodo,

Y aquí estamos noche y día

Mi cabaña, yo y Llocía,

Y sírvase Dios con todo.

Fil. Yo voy muy agradecido

Al hospedage, y espero

Pagarle.

Paul. Pues lo primero,

Que allá os la lleveis, os pido;

Pues con solo esto se sella

Un grande gusto en los dos,

Á ella, porque va con vos,

Y á mí, por quedar sin ella.

[Vanse Filipo y Leogario.]

Lloc. ¿Hay amor tan desdichado [aparte.

Como el mio, que ha nacido

En los brazos del olvido?

Viej. Paulin, ya que hemos quedado

Solos, dad los brazos luego

Á este nuevo labrador

Que tenemos.

Patr. Yo, señor,
Soy un esclavo, y os ruego,
Que como á tal me trateis.

Para servir vengo aquí
Al mas humilde, y así
Os suplico, me mandeis
Como á esclavo, pues lo soy.

Viej. Qué modestia!

Paul. Qué humildad!

Lloc. Y qué buen talle! En verdad,

Que enficionándome voy

Á su cara.

Paul. ¿Habrá llegado

(Aquí para entre los dos)

Alguno aquí, de quien vos

No os hayais enficionado,

Llocía?

Lloc. Sos un villano,

Y en queriéndome zelar,

Me tengo de enamorar

De todo el género humano.

Viej. Paulin, de tu ingenio fio

Una cosa, en que me va

La vida.

Paul. Decid, pues ya

Sabeis el pergeño mio.

Viej. Este esclavo, que aquí ves,

Sospecho que no es seguro,

Y yo guardarle procuro,

Por lo que sabrás despues.

Á tí te hago guarda fiel

De su persona; y así

Te mando, que desde aquí

Nunca te me apartes dél.

Paul. Buena comision me han dado. —

Vuesa guarda cuidadosa

Soy, y vos la primer cosa,

Que en mi vida habré guardado.

Gran cuidado he de tener,

Ni he de comer, ni dormir:

Por eso, si os quereis ir,

Muy bien llo podeis hacer

Desde luego; y aun me hareis

Un gran bien, pues despenado

Quedaré desde cuidado.

Idos por Dios.

Patr. Bien podreis

Fiaros de mí; que no soy,

Aunque esclavo, fugitivo. —

¡O Señor, que alegre vivo

En las soledades hoy;

Pues aquí podrá adoraros

El alma contemplativa,

Teniendo la imágen viva

De vuestros prodigios raros!

En la soledad se halló

La humana filosofia,

Y la divina querria

Penetrar en ella yo.

Paul. Decidme, ¿con quién habrais

Ahora de aqueso modo?

Patr. Causa primera de todo

Sois, Señor, y en todo estais.

Esos cristalinos velos,

Que constan de luces bellas,

Con el sol, luna y estrellas,

¿No son cortinas y velos

Del empireo soberano?

Los discordes elementos,

Mares, fuego, tierra y vientos,

¿No son rasgos de esa mano?

¿No publican vuestros loores

Y el poder, que en vos se encierra,

Todos? ¿No escribe la tierra

Con caractéres de flores
Grandezas vuestras? ¿El viento,
En los ecos repetido,
No publica, que habeis sido
Autor de su movimiento?
¿El fuego y el agua luego
Alabanzas no os previenen,
Y para este efecto tienen
Lengua el agua, y lengua el fuego?
Luego aquí mejor podré,
Inmenso Señor, buscaros;
Pues en todo puedo hallaros.
Vos conocisteis la fe,
Que es de mi obediencia indicio;
Esclavo os servid de mí,
Si no, llevadme de aquí
Adonde os sirva.

Baja en una apariencia un Ángel, que trae en
una mano un escudo, y en él un espejo, y
en la otra mano una carta.

[Vase.]

Ang. Patricio!

Patr. Quién llama?

Paul. Aquí no os llamó

Nadie. — El hombre es divertido; [aparte.

Patricio!

Ang. Quién llama?

Patr. Yo.

Paul. Él habla, y á nadie veo. [aparte.

Pero hable; que no me toca

Á mí guardarle la boca.

Patr. Mis grandes dichas no creo;

Pues una nube mis ojos

Ven de nácar y arrebol,

Y que della sale el sol,

Cuyos divinos despojos

Son estrellas vividoras,

Que entre jazmines y flores

Viene vertiendo esplendores,

Viene derramando auroras.

Ang. Patricio!

Patr. Un sol me acobarda.

¿Quién sois, divino señor?

Ang. Patricio amigo, Victor

Soy, el Ángel de tu guarda.

Dios, á que te dé, me envia,

Esta carta. [Dale la carta.

Patr. Nuncio hermoso,

Paraninfo venturoso,

Que en superior gerarquia

Con Dios asistes, á quien

En dulce, en sonoro canto

Llamas Santo! Santo! Santo!

Gloria los cielos os den.

Ang. Lee la carta.

Patr. Dice aquí:

„Á Patricio.“ — ¿Mereció

Tal dicha un esclavo? No.

Ang. Ábrela ya.

Patr. Dice así:

[Lee.] „Patricio, Patricio, ven,

Sácanos de esclavitud.“ —

Incluye mayor virtud

La carta, pues no sé, quien

Me llama. Custodio fiel,

Mi duda en tus manos dejo.

Ang. Pues mirate en este espejo.

Patr. Ay cielos!

Ang. Qué ves en él?

Patr. Diversas gentes estan,

Viejos, niños y mugeres,

Llamándome.

Representa.